



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

Drama de una soledad

Pocas veces hablábamos de la guerra en la tertulia familiar.

Yo quería apartar de la imaginación de mi hijo el recuerdo de los horrores que él acababa de vivir y a los que había de volver muy pronto. Cuando el tema que estaba en el ambiente y era la obsesión de todos, se imponía y nos arrastraba a comentar la tragedia del Chaco, procuraba evadirme cuanto antes de sus sombras porque leía enseguida en los ojos de Hiram su evocación interior de las escenas en que acababa de ser protagonista.

Una noche, acostada yo y en torno mío mis hijos todos -¡los que no estaban en el Chaco!-, uno de éstos se animó a formular la pregunta que hacía tiempo llevaba a flor de labios y que hasta entonces callara viendo el silencio que su hermano guardaba sobre las cosas de la guerra.

-¿Cuándo tuviste más miedo? En Corrales, seguramente...

Hiram negó con un movimiento displicente de la cabeza. [96]

-Es curioso -dijo luego-, pero cuando sentí más honda y escalofriante la emoción del peligro, cuando sentí agudamente miedo, no fue esa vez. Presumo que el calor de la

pelea y la misma ansiedad que me produjo el verme rodeado y expuesto inminentemente a morir o caer prisionero sirvieron de anestesia a mi sistema nervioso. Allí no tuve miedo... hasta después de salir del círculo que me había rodeado.

-¿Entonces? -insistió el hermanito.

No necesitó escarbar en sus recuerdos.

La impresión que aún llevaba del episodio era demasiado nítida y viva y se destacó espontáneamente del conjunto de las que llenaba su imaginación.

Habló así:

-Fue a las pocas horas de acabada la batalla, de Toledo. El enemigo se había retirado ya, en completa derrota, dejando considerable bagaje en nuestro poder, y un tendal de muertos y heridos en el campo.

Era necesario conocer exactamente su situación para tomar nosotros las disposiciones consiguientes. Mi coronel me llamó y me dio órdenes para desempeñar una comisión con ese objeto. Yo debía salir de nuestras posiciones y avanzar sobre los rastros de los bolivianos, para comprobar dónde y cómo se encontraban.

Tomé de mi famosa compañía 7.^a, la misma que daba a Yacaré Valija sus audaces compañeros de empresas, los hombres necesarios y juntamente con [97] el valeroso teniente Martínez marché a cumplir mi comisión.

Era de noche.

Avanzamos con todas las precauciones indicadas por la naturaleza de nuestro cometido. Nos alejamos lentamente de nuestro campo. La luna alumbraba el áspero paisaje con luz plena, que daba relieve a las cosas y bruñía hasta los más leves matices del hirsuto follaje de la selva.

Advertíamos al avanzar el paso reciente de las tropas enemigas. Hasta parecíanos percibir un eco vago de su marcha, algo así como el jadeo de la retirada precipitada. Olores acres a sudor, a sangre, a curaciones hechas sobre la marcha. Tufo de nafta recién quemada y de neumáticos, prendido a la maraña de la selva.

-Minutos antes, y ese mismo camino que nosotros llevábamos retemblaba bajo las plantas del apavorido tropel en fuga. Las huellas de los camiones, todavía estremecidas, desmoronándose en ellas del nivel más alto las arenas elevadas por la presión de las gomas. Cigarrillos a medio fumar aquí y allá. Fragmentos de papel y utensilios caídos. El aire estaba como henchido de la presencia de los fugitivos.

Tras varias horas de marcha salimos a la vera de un cañadón. Desembocaban allí varios piques abiertos por los bolivianos. Estábamos en pleno campo enemigo. Había que extremar las precauciones. Por cualquiera de esos piques podía irrumpir la sorpresa.

[98]

Destaque al oficial que me acompañaba -bravo muchacho- a explorar uno de los rumbos y yo quedé en aquel punto, frente a los piques, para vigilarlos y guardarlos. Luego de hacer el primer turno de guardia organicé nuevamente los servicios reglamentarios y después de una cuidadosa exploración personal me eché a dormir. Estaba rendido. En los doce días de la batalla de Toledo apenas había podido engañar el sueño con algunos fugaces y fementidos parpadeos. Sobre mi poncho, y por almohada las gibosas raíces de un árbol, me acomodé como en el más blando de los lechos. Y me dormí en el acto.

De pronto -¿cuánto tiempo había transcurrido?- me desperté bruscamente, tan bruscamente que al abrir los ojos ya estaba de pie y completamente despabilado. La noche seguía siendo de una claridad fantástica. Atisbé en torno mío y tuve la intuición de lo que ocurría.

Recorrí rápida aunque cautelosamente mis puestos y comprobé lo que ya había adivinado. Todos mis hombres, todos absolutamente, estaban dormidos. Profundamente dormidos. Rendidos ellos también, por la gran batalla y por la fatiga de la marcha reciente, pudo más su organismo debilitado que el rigor de la consigna y que el temor, y se durmieron abrazados a sus armas.

Fue esa vez cuando yo sentí el miedo más grande de la guerra.

¡Solo!

Me sentí pavorosamente solo, en medio de mis hombres yacentes, bajo el peso angustioso de mi [99] responsabilidad. El enemigo estaba allí, muy cerca, asomado tal vez a los piques, tal vez acechándome para caer sobre mí. Podía haberme rodeado ya, sin que los retenes, dormidos, hubiesen notado su presencia. Y allá atrás, en nuestro campo, el ejército, que acababa de ganar la batalla de doce días, descansaba sin duda fiado del amparo de nuestra vigilancia.

Un frío agudo, que me dio la sensación desgarrante de una solidez metálica, me corrió a lo largo de la espina dorsal.

La brisa traía imprecisos, desvanecidos, fantasmales rumores, que se apretaban en la estrechez de los piques y se dilataban antes de extinguirse aventados en la plenitud del cañadón. Rumores... ¿Ruidos de armas? ¿Pasos cautelosos? ¿Cuerpos que se arrastraban por entre las malezas? ¿Cuchicheos?

Arriba, la luna me parecía una enemiga más, en la fría y como ceñuda impasibilidad de su esplendor. Su claridad me vendía. Y mis hombres seguían dormidos con ese sueño pesado, semejante a la muerte, con que la naturaleza se recobra de sus grandes fatigas.

Fueron minutos, pero me parecieron horas. Miedo, un miedo que me helaba la médula. No lo experimenté igual, ni parecido, ni en mis apuros de Corrales. No, ni llegaron a ser minutos, pero yo viví un siglo aquella noche, bajo la impavidez de la luna deslumbrante, en la soledad de la selva, junto a mis soldados inertes, bajo el suplicio de mi responsabilidad, cercado de rumores y peligros...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

